

LA DECISIÓN EN CONCIENCIA

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ-ALIÓ

La Iglesia al referirse a la conciencia no ha dejado nunca de hacer una doble presentación, como un juicio moral —el «juicio de la razón por el que la persona humana reconoce la cualidad de un acto concreto que piensa hacer está haciendo o ha hecho»¹— y como «el sagrario» del hombre, aquel «lugar» que constituye la intimidad última del hombre, donde de alguna manera se trasciende a sí mismo, y se percibe a sí mismo como persona, señor de sus actos y decisiones.

Esta doble presentación se debe al carácter personalísimo del juicio de conciencia, que hace que, si bien sea un acto propio del intelecto, en él intervenga toda la persona en su realidad más profunda, singular y existencial.

Desde este punto de vista es capital el texto del Concilio Vaticano II, donde se describe así la intimidad del hombre:

«En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal: haz esto, evita aquello. Porque el hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla. Es la conciencia la que de modo admirable da a conocer esa ley, cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo»².

El objeto de la presente comunicación es la consideración de la decisión en conciencia en cuanto en ella hay siempre una referencia, al menos implícita, a Cristo crucificado.

1. CEC 1779.

2. CONC. VATICANO II, Cons. *Gaudium et Spes*, 16.

1. EL HOMBRE ANTE LA DECISIÓN DE SU PROPIO DESTINO: LA SOLEDAD DEL HOMBRE EN SU INTIMIDAD

Dios ha dejado en las manos del hombre su propio destino: «Dios fue quien al principio hizo al hombre y le dejó en manos de su propio albedrío. Si tú quieres, guardarás los mandamiento, permanecer fiel es cosa tuya. Él ha puesto delante fuego y agua, a donde quieras puedes llevar tu mano. Ante los hombres está la vida y la muerte, lo que prefiera cada cual, se le dará»³.

En lo más profundo del alma, en donde el hombre trasciende de alguna manera su propia humanidad, decide su propio destino. Y sólo él puede decidirlo; él en su soledad —mediante la conciencia— se enfrenta a la elección del bien o del mal, de la vida o de la muerte, y nadie puede sustituirlo ni en el juicio de conciencia, pues es la aplicación de la ley para él, aquí y ahora (sólo él sabe lo que hay en el interior de su alma —sus intenciones, deseos, dificultades, oscurecimientos, cansancio, dolor,...—⁴), ni en su decisión.

Esta soledad del hombre ante su propio destino es un aspecto importante de lo que Juan Pablo II llama «soledad originaria»⁵ del hombre, a la que hace una amplia referencia en sus catequesis sobre la «Teología del cuerpo». Esa «soledad» hunde sus raíces en la misma estructura metafísica como persona, y se nos manifiesta de un modo inmediato bajo una doble dimensión: la distinción radical del hombre respecto a los animales —no encuentra en ellos una ayuda semejante a él— y la intrínseca capacidad de apertura y donación del hombre al «otro», a la mujer, que es presentada por el *Génesis* como una ayuda semejante a él⁶.

La «soledad originaria» está caracterizada por la subjetividad del hombre, que lo distingue de los animales y manifiesta su superioridad respecto a ellos⁷: «*En el concepto de soledad originaria se incluye tanto la autoconciencia, como la autodeterminación.* El hecho de que el

3. Eclo 15, 14-17.

4. «(La) conciencia, en cierto modo pone al hombre ante la ley, siendo ella misma “testigo” para el hombre: testigo de su fidelidad o infidelidad a la ley, o sea, de su esencial rectitud o maldad moral. La conciencia es el único testigo. Lo que sucede en la intimidad de la persona está oculto a la vista de los demás desde fuera. La conciencia dirige su testimonio solamente hacia la persona misma. Y, a su vez, sólo la persona conoce la propia respuesta a la voz de la conciencia», JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor* 53.

5. JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 2.V. 80.

6. «[...]esta soledad tiene dos significados: uno, que se deriva de la naturaleza misma del hombre [...] y otro, que se deriva de la relación varón-mujer, y esto es evidente, en cierto modo, en base al primer significado. Un análisis detallado de la descripción parece confirmarlo», JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 10.X.79.

7. Cfr. *Ibidem*. Cfr. Conc. VATICANO II, Cons. *Gaudium et spes*, 14.

hombre esté “solo” encierra en sí esta estructura ontológica y, al mismo tiempo, es un índice de auténtica comprensión (...) *sin el significado profundo de la soledad originaria del hombre, no puede entenderse e interpretarse correctamente toda la situación del hombre creado a “imagen de Dios”, que es la situación de la primera, mejor aún, de la primitiva Alianza con Dios*»⁸.

En razón de su autoconciencia y su autodeterminación tiene el hombre capacidad de decidir sobre sí mismo, sobre su vida o su muerte: «*El día que de él comieres... morirás*». *El hombre, que había oído estas palabras, debía sacar de ellas la verdad en la misma estructura interior de la propia soledad. Y, en definitiva, dependía de él, de su decisión y libre elección, como si con su soledad hubiese entrado también en el círculo de la antítesis que le había revelado el Creador, juntamente con el árbol de la ciencia del bien y del mal, y así hubiese hecho propia la experiencia de morir y de la muerte. Al escuchar las palabras de Dios-Yahvéh, el hombre debería haber entendido que el árbol de la ciencia tenía hundidas sus raíces no sólo en el “jardín en Edén”, sino también en su humanidad. Además, debería haber entendido que ese árbol misterioso ocultaba en sí una dimensión de soledad, desconocida hasta entonces, de la que le había dotado el Creador en medio del mundo de los seres vivientes*»⁹.

Y es ahí, en lo profundo y en la soledad de su alma, donde ley, conciencia y libertad se unen, y permiten al hombre el acto asombroso de la libertad: el señorío sobre el propio ser y destino.

Es, pues, en la soledad del hombre, en el diálogo consigo mismo, donde el hombre se enfrenta al bien y al mal moral: a la razón de ser de su propia vida. Y va determinando, mediante la elección del bien o mal moral en los actos concretos, su propio ser y, con él, su destino eterno.

Así, pues, «el hombre mismo ha sido confiado a su propio cuidado y responsabilidad. Dios lo ha dejado “en manos de su propio albedrío” (Eclo 15, 14), para que buscarse a su Creador y alcanzase libremente la perfección. Alcanzar significa edificar personalmente en sí mismo esta perfección. En efecto, (...), realizando (...) actos moralmente buenos, el hombre confirma, desarrolla y consolida en sí mismo la semejanza con Dios»¹⁰.

Y esto exige la existencia en el hombre de la conciencia moral: «La conciencia hace posible asumir la responsabilidad de los actos rea-

8. JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 24.X.79. Cfr. *Aud. Gen.* 10.X.79.

9. JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 31.X.79.

10. JUAN PABLO II, *Enc. Veritatis Splendor*, 39.

lizados. Si el hombre comete el mal, el justo juicio de la conciencia puede ser en él el testigo de la verdad universal del bien, al mismo tiempo que de la malicia de su elección concreta»¹¹. Y, de este modo, el hombre tiene la responsabilidad de su propia vida y destino.

2. LA INTIMIDAD DEL HOMBRE: UNA SOLEDAD ANTE DIOS

Sin embargo, la soledad del hombre en la intimidad de su alma no es la soledad de un «yo» en el vacío existencial, propia de un pensamiento falso sobre Dios, que hace depender el destino del hombre de su propia flaqueza, de sus errores y debilidad, de su falta de dominio sobre las circunstancias exteriores y de la falta de firmeza en sus indecisiones, en resumidas cuentas, de la limitación de una libertad creada, histórica y herida por el pecado, y que lleva, si se acepta con todas sus consecuencias, a la angustia existencialista: ¿cuál será mi destino si no tengo garantías de estar en la verdad, ni de perseverar en el bien?

La soledad del hombre, en la intimidad de su conciencia, tal como nos la da a conocer la Revelación, es una soledad acompañada, ya que a su «profunda interioridad retorna cuando entra dentro de su corazón, donde Dios le aguarda, escrutador de los corazones, y donde él personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino»¹². La conciencia se nos manifiesta, en razón de esa luz puesta por Dios indeleblemente en el alma, siempre en relación a una ley que nos ha sido dada, y, en ella, aunque sea a oscuras, se intuye el rostro de Dios. La conciencia es la voz de Dios en nuestra alma.

Por ello, «la conciencia moral no encierra al hombre en una soledad infranqueable e impenetrable, sino que la abre a la llamada, a la voz de Dios. En esto y no en otra cosa reside todo el misterio y dignidad de la conciencia moral: en ser el lugar, el espacio santo donde Dios habla al hombre»¹³.

El juicio de conciencia y la decisión moral del hombre tiene, por tanto, un carácter de diálogo con Dios: «Nunca se valorará adecuadamente la importancia de este íntimo diálogo del hombre consigo mismo. Pero, en realidad, éste es el diálogo del hombre con Dios, autor de la ley, primer modelo y fin último del hombre. (...) Se puede decir, pues, que la conciencia da testimonio de la rectitud o maldad del hombre al hombre mismo, pero a la vez y antes aún, es testimo-

11. CEC 1781.

12. Con. VATICANO II, Cons. *Gaudium et spes*, 14.

13. JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor*, 58.

nio de Dios mismo, cuya voz y cuyo juicio penetran la intimidad del hombre hasta las raíces de su alma, invitándolo “*forfiter et suaviter*” a la obediencia¹⁴.

Y del mismo modo que nunca se puede apagar en el hombre la voz de su propia conciencia¹⁵, tampoco se puede perder esa referencia última a Dios en todo su obrar, aunque sea implícitamente¹⁶.

Además esta presencia de Dios, tal como se nos manifiesta en la Sagrada Escritura, se realiza en el contexto de la Alianza, de un Dios que es nuestro Creador y, a la vez nuestro Salvador, garante y fortaleza para nuestra debilidad en su Omnipotente Lealtad¹⁷. La decisión del hombre sobre su destino se apoya en la Veracidad y Fidelidad de Dios.

La «soledad originaria» del hombre es, pues, una soledad *ante Dios*, una soledad *con Dios*, una soledad abierta a ser vivida *para Dios*. Esta última dimensión es la que pasamos a considerar.

3. DIOS, TESTIGO AMOROSO DEL CORAZÓN HUMANO

Dios es testigo y juez de la intimidad de nuestra conciencia: «Retorna a tu conciencia, interrógala... retornad, hermanos, al interior, y en todo lo que hagáis mirad al Testigo, Dios»¹⁸. En virtud de la conciencia «el hombre es responsable de sus actos y está sometido al juicio de Dios, juez justo y bueno que premia el bien y castiga el mal»¹⁹.

Sin embargo, esta presencia no es la de un testigo ajeno a lo que sucede o la de un juez frío e impassible, pues los hombres somos fruto del amor divino —un amor creador, santificador y redentor—; por eso la presencia de Dios en nuestra alma, como testigo de nuestro obrar, es una presencia amorosa. Dios, «cuya voz y cuyo juicio pene-

14. JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor*, 58.

15. «Se debe amar, hacer el bien y evitar el mal. Este primer principio de la razón práctica pertenece a la ley natural, más aún, constituye su mismo fundamento al expresar aquella luz originaria sobre el bien y el mal, reflejo de la sabiduría creadora de Dios, la cual, como una chispa indestructible (*«scintilla animae»*), brilla en el corazón de cada hombre» JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor*, 59.

16. Sobre esto tratamos más adelante, al hablar de la conciencia cristiana.

17. «El hombre está solo: esto quiere decir que él, a través de la propia humanidad, a través de lo que él es, queda constituido al mismo tiempo en una relación única, exclusiva e irrepetible con Dios mismo. La definición antropológica contenida en el texto yahvista se acerca por su parte a lo que expresa las definiciones teológicas del hombre, que encontramos en el primer relato de la creación (“Hagamos al hombre a nuestra imagen, a nuestra semejanza”: Gen 1, 26)» JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 24.X.79.

18. S. AGUSTÍN, ep. Jo. 8, 9.

19. JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor*, 73.

tran la intimidad del hombre hasta las raíces de su alma, invitándolo “*forfiter et suaviter*” a la obediencia²⁰, espera la respuesta de amor del hombre: su respuesta de obediencia filial.

La soledad propia de la persona humana es, pues, una soledad acompañada; bajo la vigilancia paterna y amorosa de nuestro Padre Dios, nuestra conciencia no es un mero juicio, fruto de una inteligencia más o menos aguda, sino la voz de Dios que nos invita a su amistad, y que en razón de su Omnipotencia es Señor de la Historia, y nos ofrece, con la Fidelidad a su palabra, la garantía a nuestra propia fidelidad filial, participamos de su «Señorío».

Así describe el Concilio Vaticano II esa invitación divina: «*Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina. En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía. (...) Dios, creándolo todo y conservándolo por su Verbo, da a los hombres testimonio perenne de Sí en las cosas creadas, y, queriendo abrir el camino de la salvación sobrenatural, se manifestó, además, personalmente a nuestros primeros padres ya desde el principio. Después de su caída alen- tó en ellos la esperanza de la salvación, con la promesa de la redención, y tuvo incesante cuidado del género humano, para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia en las buenas obras. En su tiempo llamó a Abraham para hacerlo padre de un gran pueblo, al que luego instruyó por los Patriarcas, por Moisés y por los Profetas para que lo reconocieran Dios único, vivo y verdadero, Padre providente y justo juez, y para que esperaran al Salvador prometido, y de esta forma, a través de los siglos, fue preparando el camino del Evangelio*»²¹.

Esa presencia y mirada amorosa de Dios hacen que:

* la exigencia moral se manifieste como la mayor de las exigencias, pues no hay nada que obligue más que la mirada amorosa de Dios; exigencia que está modalizada por el hecho de que Dios está constantemente ofreciéndonos su ayuda y protección;

* el rechazo del juicio de conciencia suponga siempre un rechazo del amor divino, de su invitación a la amistad, un cerrarse de la libertad humana a su Creador, una ofensa a Dios²²;

20. JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor*, 58.

21. VATICANO II, Cons. *Dei Verbum*, 2-3.

22. «Como hemos dicho ya, se trata del rechazo o, por lo menos, del alejamiento de la verdad contenida en la Palabra del Padre. El rechazo se expresa prácticamente como “deso-

* y, por ello, todo pecado lleva consigo simultáneamente la soledad propia del pecador²³.

4. LA CONCIENCIA CRISTIANA

«El cristiano, gracias a la Revelación de Dios y a la fe, conoce la “novedad” que marca la moralidad de sus actos; éstos están llamados a expresar la mayor o menor coherencia con la dignidad y vocación que le han sido dadas por la gracia: en Jesucristo y en su Espíritu, el cristiano es “creatura nueva”, hijo de Dios, y mediante sus actos manifiesta su *conformidad o divergencia con la imagen del Hijo* que es el primogénito entre muchos hermanos (cfr. Rom 8, 29), vive su *fidelidad o infidelidad al don del Espíritu y se abre o se cierra a la vida eterna, a la comunión de visión, de amor y beatitud con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo*. Cristo “nos forma según su imagen” —dice san Cirilo de Alejandría—, de modo que los rasgos de su naturaleza divina resplandecen en nosotros a través de la santificación y la justicia y la vida buena y virtuosa... La belleza de esta imagen resplandece en nosotros que estamos en Cristo, cuando, por las obras, nos manifestamos como hombres buenos»²⁴.

El juicio de conciencia se realiza en el cristiano bajo una nueva luz —la de la fe—, y bajo la moción del Espíritu Santo mediante el don de consejo²⁵; de este modo Cristo —sus obras y palabras— manifiestan su Persona y con ella el modo propio de ser y de obrar de los hijos de Dios.

Y es así como la soledad del cristiano en el sagrario de su conciencia no sólo no es la soledad propia del vacío, como acabamos de exponer, pues la conciencia nos pone a todo hombre en relación con la Ley Natural que le ha sido dada y, en ella, aunque sea a oscuras se intuye el rostro de Dios; en el cristiano —gracias a la luz de la fe— le referencia a Dios como Padre es inmediata, y la Ley se manifiesta para él como una relación intrínseca con la Persona de Jesucristo.

bediencia”, en un acto realizado como efecto de la tentación, que proviene del “padre de la mentira”. Por tanto, en la raíz del pecado humano está la mentira como radical rechazo de la verdad contenida en el Verbo del Padre, mediante el cual se expresa la amorosa omnipotencia del Creador: la omnipotencia y a la vez el amor de Dios Padre, “creador de cielo y tierra”, JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et Vivificantem*, 33. Cfr. *Ibidem* 35, *Aud. Gen.* 29.X.86.

23. Cfr. JUAN PABLO II, Exh. Apos. *Reconciliatio et poenitentia*, 31.

24. JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor*, 73.

25. Cfr. JUAN PABLO II, Alloc 7.V.89.

El Concilio Vaticano II enseña que:

«Después que Dios habló muchas veces y de muchas maneras por los Profetas, “últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo”, pues envió a su Hijo, es decir, al Verbo eterno, que ilumina a todos los hombres, para que viviera entre ellos y les manifestara los secretos de Dios; Jesucristo, pues, el Verbo hecho carne, “hombre enviado, a los hombres”, “habla palabras de Dios” y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió. Por tanto, Jesucristo —ver al cual es ver al Padre—, con su total presencia y manifestación personal, con palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos, finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, completa la revelación y confirma con el testimonio divino que vive en Dios con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos a la vida eterna»²⁶.

«Así pues en este “convencer en lo referente al pecado” descubrimos una doble dádiva: el don de la verdad de la conciencia y el don de la certeza de la redención. El Espíritu de la verdad es el Paráclito»²⁷.

Nosotros vamos a considerar esta realidad principalmente desde el punto de vista de la Nueva Ley.

a) Cristo, Modelo y Ley del obrar cristiano

Cristo es el Hijo de Dios y el Hombre que, mediante sus obras y palabras, se manifiesta a Sí mismo y, de este modo, «manifiesta el hombre al propio hombre»²⁸. De ello se derivan dos aspectos fundamentales en lo que se refiere a nuestro tema:

* *Cristo* —Palabra Eterna, Hijo y perfecta Imagen del Padre hecho hombre— *es el Modelo en el que tiene que mirarse todo cristiano*;

* además, Cristo es la Ley Eterna —el Imperio, la Palabra imperativa— de Dios hecha hombre, es la Ley de Dios encarnada, y, aún más, podemos afirmar, como hemos mostrado en otro trabajo²⁹, que *Cristo es la Nueva Ley*.

Que Cristo sea no sólo nuestro Modelo sino *la Nueva Ley añade el carácter imperativo de su Vida* —sus obras y palabras—, que se ma-

26. VATICANO II, Cons. *Dei Verbum*, 4.

27. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et Vivificantem*, 31.

28. VATICANO II, Cons. *Gaudium et spes*, 22.

29. J.L. GONZÁLEZ-ALÍO, *Cristo es la Nueva Ley*, en espera de su publicación en *Scripta Theologica*.

nifiesta en sus palabras: «Ven, y sígueme»³⁰: «Jesús mismo es el “cumplimiento” vivo de la Ley ya que Él realiza su auténtico significado con el don total de Sí mismo, *Él mismo se hace Ley viviente y personal, que invita a su seguimiento*, da, mediante el Espíritu, la gracia de compartir su misma vida y su amor, e infunde la fuerza para dar testimonio del amor en las decisiones y en las obras (cfr. Jn 13, 34-35)»³¹.

El cristiano tiene que encontrar en Cristo la Norma de su conducta: sólo en la contemplación de la vida de Cristo aprende el cristiano a comportarse como hijo de Dios.

b) *La Ley Nueva: ley interior*

Si la Ley cristiana es Cristo, no es algo escrito en unas tablas, es una Persona, y a una persona no se la puede conocer si no se la ama.

De este modo el conocimiento de la Ley Nueva es un conocimiento de connaturalidad³². Lo cual es posible porque hemos sido «configurados con Cristo» gracias a la venida a nuestros corazones del mismo Amor de Cristo. El Espíritu Santo, que es quien mueve a Cristo —el Hijo de Dios— en todo su obrar —«sus obras y palabras»—, es ahora quien nos mueve a nosotros de tal forma que obramos como hijos de Dios: «Jesús dice: “Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5). El fruto evocado en estas palabras es la santidad de una vida hecha fecunda por la unión con Cristo. *Cuando creemos en Jesucristo, participamos en sus misterios y guardamos sus mandamientos, el Salvador mismo ama en nosotros a su Padre y a sus hermanos, nuestro Padre y nuestros hermanos. Su persona viene a ser, por obra del Espíritu, la norma viva e interior de nuestro obrar. “Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15, 12)»*³³.

30. Cfr., p.e., Mt 4, 18-228, 18-22; 9, 9; 17, 24; 19, 20-26; Luc 5, 27-28; 9, 23, 57-62; Mc 1, 16-20; 2, 13-14; 8, 34; 10, 21, 28-31; 18, 18-22; Jn 1, 43; 10, 16; 21, 19;...

31. JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor* 15. Sobre las distintas afirmaciones que hacemos ver nuestro trabajo indicado.

32. «Para poder “distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rom 12, 2) *si es necesario el conocimiento de la ley de Dios en general, pero ésta no es suficiente: es indispensable una especie de “connaturalidad” entre el hombre y el verdadero bien*». Tal connaturalidad se fundamenta y se desarrolla en las actitudes virtuosas del hombre mismo: la prudencia y las otras virtudes cardinales, y en primer lugar las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad. En este sentido, Jesús ha dicho: «El que obra la verdad, va a la luz» (Jn 3, 21)» JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 64.

33. CEC 2074.

Por lo tanto, la Ley Nueva es ley interior, grabada en el corazón de los cristianos.

c) *El juicio de la conciencia cristiana*

Es en la contemplación amorosa de la vida de Cristo —en la consideración de sus obras y de sus palabras— donde el cristiano descubre en plenitud el sentido de las diversas virtudes —la misericordia, la pobreza, la prudencia,... y, especialmente, la caridad—, y el valor moral de sus acciones: sólo en Cristo se le revela al hombre la plenitud de su vocación³⁴.

Por ello, la Belleza de Cristo, el Esplendor de la Verdad —que descubre toda alma enamorada— mueve al hombre a un deseo íntimo y profundo —acción del Espíritu de Verdad— a imitar a Cristo, a parecerse a Él, a seguirle, de modo que esa misma belleza resplandezca en nosotros como un reflejo de la suya.

El juicio de conciencia se nos manifiesta de este modo como un juicio de connaturalidad con Jesucristo, que se realiza a partir de la contemplación de la vida de Cristo. De esa contemplación surge el diálogo con Cristo: ¿qué me quieres mostrar a mí con esas palabras y hechos? ¿qué quieres de mí?,... Cuya respuesta encuentra cada uno en la Vida de Cristo concretada mediante la moción del Espíritu Santo.

«El coloquio de Jesús con el joven rico continúa, en cierto sentido, en cada época de la historia. También hoy la pregunta: “Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna?” brota en el corazón de todo hombre, y es siempre y sólo Cristo quien ofrece la respuesta plena y definitiva. El Maestro que enseña los mandamientos de Dios, que invita al seguimiento y da la gracia para una vida nueva, está siempre presente y operante en medio de nosotros según su promesa: “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). La contemporaneidad de Cristo respecto al hombre de cada época se realiza en el cuerpo vivo de la Iglesia. Por esto el Señor prometió a sus discípulos el Espíritu Santo, que les “recordaría” y les haría comprender sus mandamientos (cfr. Jn 14, 26), y, al mismo tiempo, sería el principio fontal de una vida nueva para el mundo (cfr. Jn 3, 5-8; Rom 8, 1-13)»³⁵.

34. Cfr. Conc. VATICANO II, Cons. *Gaudium et Spes*, 22.

35. JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis Splendor*, 25.

d) *La decisión en conciencia*

La decisión en conciencia toma, en la intimidad del corazón cristiano, una fuerza mucho mayor, pues si bien todo hombre toma sus decisiones ante la mirada amorosa de Dios, el cristiano toma sus decisiones ante Cristo crucificado, que, con una mirada llena de cariño, no sólo espera una respuesta de amor sino de misericordia:

«Al centro del mismo está siempre la cruz, ya que en ella la revelación del amor misericordioso alcanza su punto culminante. Mientras “las cosas de antes no hayan pasado”, la cruz permanecerá como ese “lugar”, al que aún podrían referirse otras palabras del Apocalipsis de Juan: “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3, 20). *De manera particular, Dios revela, asimismo, su misericordia cuando invita al hombre a la “misericordia” hacia su propio Hijo, hacia el Crucificado.*»

«Cristo, en cuanto Crucificado, es el Verbo que no pasa (Cfr. Mt 24, 35); es el que está a la puerta y llama al corazón de todo hombre (Cfr. Ap 3, 20), sin coartar su libertad, tratando de sacar de esa misma libertad el amor, que no sólo es un acto de solidaridad con el Hijo del hombre que sufre, sino también, en cierto modo, “misericordia” manifestada por cada uno de nosotros al Hijo del Padre eterno. En todo este programa mesiánico de Cristo, en toda la revelación de la misericordia mediante la cruz, ¿cabe quizá la posibilidad de que sea mayormente respetada y elevada la dignidad del hombre, dado que él, experimentando la misericordia, es también en cierto sentido el que “manifiesta contemporáneamente la misericordia”?»³⁶.

Se entiende bien, a la luz de esta realidad, que el juicio definitivo sea en razón de la misericordia ante Cristo Crucificado:

«Cuando venga el Hijo del Hombre en su gloria y acompañado de todos los ángeles, se sentará entonces en el trono de su gloria, y serán reunidas ante él todas las gentes; y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a su derecha, los cabritos en cambio a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los que estén a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo: porque tuve hambre y me disteis de comer; (...) Entonces dirá a los que estén a la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles: porque tuve hambre y no me disteis de

36. JUAN PABLO II, Enc. *Dives in Misericordia*, 8.

comer; (...). Y éstos irán al suplicio eterno; los justos, en cambio, a la vida eterna»³⁷.

Rechazar el juicio de conciencia supone por tanto el rechazo de la Verdad radical sobre el hombre: el ser fruto del amor intratrinitario de Dios, de la llamada a ser hijos del Padre en el Hijo por el Espíritu Santo, y, desde esa llamada a la filiación, el pecado se nos manifiesta como ofensa y desobediencia.

«Según el testimonio del principio, el pecado en su realidad originaria se dio en la voluntad —y en la conciencia— del hombre, ante todo, como “desobediencia”, es decir, como oposición de la voluntad del hombre a la voluntad de Dios. Esta desobediencia originaria presupone el rechazo o, por lo menos, el alejamiento de la verdad contenida en la Palabra de Dios que crea el mundo. Esta Palabra es el mismo Verbo que “en el principio estaba en Dios” y que “era Dios” y sin él “no se hizo nada de cuanto existe”, porque “el mundo fue hecho por él”. El Verbo es también ley eterna, fuente de toda ley, que regula el mundo y, de modo especial, los actos humanos. (...) El rechazo se expresa prácticamente como “desobediencia”, en un acto realizado como efecto de la tentación, que proviene del “padre de la mentira”. Por tanto, en la raíz del pecado humano está la mentira como radical rechazo de la verdad contenida en el Verbo del Padre, mediante el cual se expresa la amorosa omnipotencia del Creador: la omnipotencia y a la vez el amor de Dios Padre, “creador de cielo y tierra”»³⁸.

Antes de finalizar este apartado querríamos resaltar el hecho de que si bien el cristiano, gracias a la Revelación, es capaz de conocer explícitamente la conexión entre sus decisiones morales y la Cruz de Cristo, de un modo implícito y para nosotros desconocido, se da en todos los hombres:

37. Mt 25, 34-46. El hecho de que el pasaje completo contenga la pregunta de justos y pecadores, y la respuesta de parte de Jesucristo: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento (...)? Y el Rey en respuesta les dirá: En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis», además de resaltar la inseparabilidad del amor a Dios y al prójimo, pone de relieve que en toda decisión moral hay esa referencia a Cristo Crucificado, aunque ésta no sea explícita: «Asimismo, *al convertirse para los hombres en modelo del amor misericordioso hacia los demás, Cristo proclama con las obras, más que con las palabras, la apelación a la misericordia, que es una de las componentes esenciales del ethos evangélico. En este caso no se trata sólo de cumplir un mandamiento o una exigencia de naturaleza ética, sino también de satisfacer una condición de capital importancia, a fin de que Dios pueda revelarse en su misericordia hacia el hombre:... los misericordiosos... alcanzarán misericordia*» JUAN PABLO II, Enc. *Dives in Misericordia*, 3

Todo esto pone de relieve que *todo hombre*, y no sólo los cristianos, tienen esa referencia real a Cristo crucificado, aunque no sea explícita, en sus decisiones. Sobre ello hablamos más adelante.

38. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et Vivificantem*, 32.

«Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual»³⁹.

«La revelación del misterio de la Redención abre el camino a una comprensión en la que cada pecado, realizado en cualquier lugar y momento, hace referencia a la Cruz de Cristo y por tanto, indirectamente también al pecado de quienes “no han creído en él”, condenando a Jesucristo a la muerte de Cruz»⁴⁰.

e) *La Cruz, signo de contradicción*

De este modo encontramos en el Misterio de la Cruz una doble relación a la conciencia de todo hombre: es la máxima manifestación de la Misericordia de Dios —en él se encuentra la fuerza salvadora de Cristo— y simultáneamente, y precisamente por ello, sitúa al hombre ante la plena responsabilidad de sus pecados⁴¹.

Cristo en la Cruz es, pues, signo de contradicción: «Simeón los bendijo, y dijo a María, su madre: Mira, éste ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción —y a tu misma alma le traspasará una espada—, a fin de que se descubran los pensamientos de muchos corazones»⁴². De tal manera que habiendo venido no a juzgar sino a salvar a los hombres, su oferta de salvación viene a ser juicio de condenación para los que la desechan.

La misión del Espíritu Santo de «convencer al mundo del pecado», como ha puesto de relieve Juan Pablo II en su Enc. *Dominum et Vivificantem*, supone hacer ver cómo en la Cruz se nos revela el «misterio de la piedad» de Dios —su infinito y misericordioso Amor— y el «misterio de la impiedad» —el pecado como misterio de iniquidad—.

I. La Cruz nos revela «el misterio de la piedad»

En primer lugar la Cruz nos revela el «misterio de la piedad», el misterio del Amor de Dios al hombre, el rebotar del Amor Trinitario

39. Conc. VATICANO II, *Cons. Gaudium et Spes*, 22.

40. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et Vivificantem*, 29.

41. Cfr. JUAN PABLO II, *Dominum et Vivificantem*, 27 ss.

42. Luc 3, 4-5. Cfr. Hech 4, 11-12; 1 Cor 1, 18-25.

de Dios, que se «convierte» en Misericordia ante el pecado del hombre⁴³: «Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por él vida eterna. Porque *tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna*. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él»⁴⁴.

Cristo en la Cruz, ofreciéndose a sí mismo, movido por el Espíritu Santo, en un acto sacrificial de obediencia perfecta al Padre nos da a conocer en su plenitud⁴⁵:

* el Amor intratrinitario de Dios que se desborda en su Amor Creador, Santificador, Salvador y Misericordioso al hombre⁴⁶;

* el dolor de Dios ante el pecado de los hombres y el sentido profundo de éste, como ofensa a Dios, que sólo es inteligible desde la perspectiva del Amor de Dios⁴⁷.

Siendo el Espíritu Santo el Amor de Dios y de Cristo, es quien puede convencer al mundo del pecado: «El Espíritu Santo convence

43. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Dives in Misericordia*.

44. Jn 3, 14-21.

45. «Al convencer al “mundo” del pecado del Gólgota —la muerte del Cordero inocente—, como sucede el día de Pentecostés, el Espíritu Santo convence también de todo pecado cometido en cualquier lugar y momento de la historia del hombre pues demuestra su relación con la Cruz de Cristo. El “convencer” es la demostración del mal del pecado, de todo pecado en relación con la Cruz de Cristo. El pecado, presentado en esta relación, es reconocido en la dimensión completa del mal, que le es característica por el “misterio de la impiedad” que contiene y encierra en sí. El hombre no conoce esta dimensión —no la conoce absolutamente— fuera de la Cruz de Cristo. Por consiguiente. no puede ser “convencido” de ello si no es por el Espíritu Santo, Espíritu de la verdad y, a la vez, Paráclito», JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et Vivificantem* 41. Cfr. *Ibidem*.

46. Cfr. *Ibidem* 28, 29, 31.

47. «El “convencer en lo referente al pecado” ¿no deberá, por tanto, significar también el revelar el sufrimiento? ¿No deberá revelar el dolor, inconcebible e indecible, que como consecuencia del pecado, el Libro Sagrado parece entrever en su visión antropomórfica en las profundidades de Dios y, en cierto modo, en el corazón mismo de la inefable Trinidad? La Iglesia, inspirándose en la revelación, cree y profesa que el pecado es una ofensa a Dios. ¿Qué corresponde a esta “ofensa”, a este rechazo del Espíritu que es amor y don en la intimidad inescrutable del Padre, del Verbo y del Espíritu Santo? La concepción de Dios, como Ser necesariamente perfectísimo, excluye ciertamente de Dios todo dolor derivado de limitaciones o heridas; pero, en las profundidades de Dios, se da un amor de Padre que, ante el pecado del hombre, según el lenguaje bíblico, reacciona hasta el punto de exclamar: “Estoy arrepentido de haber hecho al hombre”. “Viendo el Señor que la maldad del hombre cundía en la tierra...” y dijo el Señor: “me pesa de haberlos hecho”. Pero a menudo el Libro Sagrado nos habla de un Padre, que siente compasión por el hombre, como compartiendo su dolor. En definitiva, este inescrutable e indecible “dolor” de Padre engendrará sobre todo la admirable economía del amor redentor en Jesucristo, para que, por medio del misterio de la piedad en la historia del hombre el amor pueda revelarse más fuerte que el pecado. Para que prevalezca el “don”, JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et Vivificantem*, 39. Cf. *Ibidem*.

por tanto, al mundo en lo referente al pecado en relación a este “juicio”, pero constantemente guiando hacia la “justicia” que ha sido revelada al hombre junto con la Cruz de Cristo, mediante “la obediencia hasta la muerte”⁴⁸.

II. La Cruz nos revela el «misterio de la impiedad»

Y es, como hemos dicho, en la misma Revelación del «misterio de la piedad» en la que se nos da a conocer el «misterio de la impiedad»:

«El Espíritu, que sondea las profundidades de Dios, ha sido llamado por Jesús en el discurso del Cenáculo el Paráclito. En efecto, desde el comienzo “es invocado” para “convencer al mundo en lo referente al pecado”. *Es invocado de modo definitivo a través de la Cruz de Cristo. Convencer en lo referente al pecado quiere decir demostrar el mal contenido en él. Lo que equivale a revelar el misterio de la impiedad. No es posible comprender el mal del pecado en toda su realidad dolorosa sin sondear las profundidades de Dios. Desde el principio el misterio oscuro del pecado se ha manifestado en el mundo con una clara referencia al Creador de la libertad humana. Ha aparecido como un acto voluntario de la criatura-hombre contrario a la voluntad de Dios: la voluntad salvífica de Dios*»⁴⁹.

Por eso el hombre no «conoce absolutamente esta dimensión del pecado fuera de la Cruz de Cristo. Y tampoco puede ser “convencido” de ella si no es por el Espíritu Santo: por el cual sondea las profundidades de Dios»⁵⁰.

III. La Cruz en el centro de la conciencia

El «ser convencido» en lo que se refiere al pecado equivale a poner la Cruz en el centro de la conciencia:

«El Espíritu que “sondea las profundidades de Dios” y que, a la vez, es para el hombre la luz de la conciencia y la fuente del orden moral, conoce en toda su plenitud esta dimensión del pecado, que se inserta en el misterio del principio humano. Y no cesa de “convencer de ello al mundo” en relación con la Cruz de Cristo en el Gólgota»⁵¹.

Y precisamente por ello, con la doble referencia a la Cruz:

48. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et Vivificantem*, 35.

49. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et Vivificantem*, 39.

50. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et Vivificantem*, 32.

51. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et Vivificantem*, 36.

«La conversión exige la convicción del pecado, contiene en sí el juicio interior de la conciencia, y éste, siendo una verificación de la acción del Espíritu de la verdad en la intimidad del hombre, llega a ser al mismo tiempo el nuevo comienzo de la dádiva de la gracia y del amor: “Recibid el Espíritu Santo”. Así pues en este “convencer en lo referente al pecado” descubrimos una doble dádiva: el don de la verdad de la conciencia y el don de la certeza de la redención. El Espíritu de la verdad es el Paráclito»⁵².

La Cruz se presenta, pues, en la conciencia como «fuerza salvadora»:

«El “convencer en lo referente al pecado” que acompaña a la conciencia humana en toda reflexión profunda sobre sí misma, lleva por tanto al descubrimiento de sus raíces en el hombre, así como de sus influencias en la misma conciencia en el transcurso de la historia. Encontramos de este modo aquella realidad originaria del pecado, de la que ya se ha hablado. El Espíritu Santo “convence en lo referente al pecado” respecto al misterio del principio, indicando el hecho de que el hombre es ser-creado y, por consiguiente, está en total dependencia ontológica y ética de su Creador y recordando, a la vez, la pecaminosidad hereditaria de la naturaleza humana. Pero el Espíritu Santo Paráclito “convence en lo referente al pecado” siempre en relación con la Cruz de Cristo. Por esto el cristianismo rechaza toda “fatalidad” del pecado. “Una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el final” —enseña el Concilio—. “Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre”. El hombre, pues, lejos de dejarse “enredar” en su condición de pecado, apoyándose en la voz de la propia conciencia, “ha de luchar continuamente para acatar el bien, y sólo a costa de grandes esfuerzos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de establecer la unidad en sí mismo”. El Concilio ve justamente el pecado como factor de la ruptura que pesa tanto sobre la vida personal como sobre la vida social del hombre; pero, al mismo tiempo recuerda incansablemente la posibilidad de la victoria»⁵³.

Y como «reveladora» de la gravedad del pecado:

«Los que se dejan “convencer en lo referente al pecado” por el Espíritu Santo, se dejan convencer también en lo referente a “la justicia y al juicio”. El Espíritu de la verdad que ayuda a los hombres, a las conciencias humanas, a conocer la verdad del pecado, a la vez hace que conozcan la verdad de aquella justicia que entró en la historia del hombre con Jesucristo. De este modo, los que “convencidos en lo referente al pecado” se

52. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et Vivificantem*, 31.

53. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et Vivificantem*, 44.

convierten bajo la acción del Paráclito, son conducidos, en cierto modo, fuera del ámbito del “juicio”: de aquel “juicio” mediante el cual “el Príncipe de este mundo está juzgado”. La conversión, en la profundidad de su misterio divino humano, significa la ruptura de todo vínculo mediante el cual el pecado ata al hombre en el conjunto del misterio de la impiedad. Los que se convierten, pues, son conducidos por el Espíritu Santo fuera del ámbito del “juicio” e “introducidos” en aquella justicia, que está en Cristo Jesús, porque la “recibe” del Padre, como un reflejo de la santidad trinitaria. Ésta es la justicia del Evangelio y de la Redención, la justicia del Sermón de la montaña y de la Cruz, que realiza la purificación por medio de la Sangre del Cordero. Es la justicia que el Padre da al Hijo y a todos aquellos que se han unido a él en la verdad y en amor»⁵⁴.

5. CONCLUSIÓN

La visión cristiana de la conciencia está en íntima unión con la llamada por Juan Pablo II «soledad originaria» del hombre, que incluye el autoconocimiento y la autodeterminación.

En razón de ella, el hombre tiene la capacidad de decidir sobre su propio destino, ante él se presenta la vida y la muerte, la salvación y la condenación eternas. Y tal capacidad, que de una parte pone de manifiesto la grandeza y dignidad del hombre, puede presentarse, debido a la propia limitación del hombre, que conlleva la posibilidad del error y de la infidelidad a sí mismo, como una soledad ante el vacío y llevar al hombre a la angustia existencial.

Sin embargo, la Revelación nos enseña que la soledad del hombre no lo encierra en sí mismo sino que lo abre a la relación de amistad con Dios. Dios está presente en la intimidad de cada conciencia invitando al hombre a su amistad y comprometiéndose con él, ofreciéndole su Alianza, de modo que el hombre participa del Señorío de Dios, que le garantiza su fuerza y sabiduría mediante su Fidelidad.

Esta oferta se ha realizado en su plenitud en la historia mediante la Cruz de Cristo, de modo que la Cruz pasa a estar en el centro de

54. JUAN PABLO II, Enc. *Dominum et Vivificantem*, 47.

«En la meditación, la Pasión de Cristo sale del marco frío de la historia o de la piadosa consideración, para presentarse delante de los ojos, terrible, agobiadora, cruel, sangrante..., llena de Amor.

—Y se siente que el pecado no se reduce a una pequeña “falta de ortografía”: es crucificar, desgarrar a martillazos las manos y los pies del Hijo de Dios, y hacerle saltar el corazón». JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, Ed. Rialp (Madrid 1991) n. 993.

todas las conciencias, como un doble don: el conocimiento de la verdad sobre el pecado y de la realidad de su Redención. Y esto en cuanto en la Cruz, Cristo revela en plenitud al hombre la Misericordia de Dios y se convierte, simultáneamente, en objeto de nuestra misericordia.

La decisión sobre sí mismo, la decisión en conciencia, es, por tanto, una decisión ante Cristo clavado en la Cruz que nos pide misericordia, y en ella se lleva a cabo la Bienaventuranza: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»⁵⁵.

55. Mt 5, 7.